



## LA CONSTITUCION DE LA INDIVIDUALIDAD

---

(Segunda conferencia)

Terminaba nuestra primera conferencia exponiéndose en ella como se constituye la individualidad química, clave de los caracteres morfológicos y funcionales, por los que se suele definir el individuo. Habíamos indicado los diversos criterios propuestos para esta definición.

Pero, frente a los criterios objetivos, importa no olvidar en cuestión tan interesante, el punto de vista subjetivo. Nosotros *sentimos, conocemos*, nuestra personalidad, nuestra individualidad! Este es el sentimiento fundamental en que toda filosofía, y de manera explícita Descartes, asienta todo conocimiento: "pienso, siento—luego existo". La conciencia se siente vivir y siente que vive todo el organismo y que hay asimismo un mundo exterior a nosotros, una realidad objetiva. Hay, pues, al mismo tiempo que una personalidad fisiológica, química, una individualidad psíquica. Conviene analizar si se trata de dos cosas distintas, o bien de dos aspectos de una misma cosa.

La personalidad psíquica puede ser considerada también objetivamente. Claro está que no nuestra propia personalidad, sino la de los demás. Y los resultados conseguidos mediante la introspección y la observación fisiológica en este caso—como en tantos otros—se superponen.

Es la personalidad psíquica, en efecto, la última y más alta manifestación del funcionalismo nervioso y bien sabemos el papel

importantísimo de dicho sistema nervioso como factor de integración según la acertada expresión de Sherrington. La auto-observación nos demuestra la conciencia como rectora de la actividad orgánica, unificadora, síntesis suprema de las funciones nerviosas y, por ende, de las funciones todas. El examen objetivo nos enseña de igual modo que la perfección de las funciones nerviosas crece al hacerse más amplios los procesos de asociación y, por ello, más complejamente condicionados. Consecuencia de esto es la contingencia de los actos nerviosos superiores; contingencia aparente, porque es tan extenso el determinismo de estos procesos, que resulta imposible reproducir todas las condiciones causales. Así es como Bechterew a los reflejos más complejos y últimos elaborados, los llama personales, individuales diríamos, en los que influye intensamente la huella de actos anteriores, en los que influyen asimismo con gran eficacia factores tróficos; tanto o más influyen todos estos elementos, plurales y diversos, como la excitación presente. La personalidad nerviosa se destaca con tanta mayor evidencia cuanto más complicado sea el mecanismo fisiológico. De igual manera, son también los hombres superiores que tienen más clara conciencia de su vida y más marcada su individualidad, su personalidad.

La constitución de la personalidad consciente no es independiente del de la constitución de la personalidad química. Ya recordamos, en la conferencia anterior, el origen común de los mecanismos de unificación, químicos y nerviosos, a partir de la inercia hereditaria. Van elaborándose simultáneamente la personalidad química y la personalidad nerviosa y, en una como en otra, influyen los hábitos, la impresión de actos anteriores, las influencias externas, buscadas activamente o sufridas sin voluntad. Patente lo vimos estudiando la constitución de la personalidad química; no es menos clara—sino contrariamente reconocida de antiguo—la intervención de la memoria, 'inconsciente o consciente, en la formación de la personalidad nerviosa, psíquica.

Fráguanse cada día en el progreso de la especie, nuevos me-

canismos que, al repetirse de generación en generación, dan lugar, primero, a tendencias, a disposiciones funcionales y, más tarde, a mecanismos ya establecidos, que se transmiten hereditariamente. De este modo, lo que empezó siendo carácter individual es fijado y se convierte en carácter de la especie! Como en lo químico—recordemos el caso particular de la inmunidad—en la formación de las imágenes en los centros nerviosos es evidente la transmisibilidad de los caracteres adquiridos, a condición, sin embargo, de que estos caracteres hayan llegado a imprimirse suficientemente, por repetidos en una larga cadena de generaciones. Ya sabemos que la composición química, la forma, las funciones de la especie, entre ellas las funciones nerviosas, dependen de la interacción de la influencia ancestral y de la influencia del medio. La personalidad proviene de la especie y de la vida individual. Esto quedó demostrado en lo que atañe a la individualidad química y es, de igual manera, exacto en la constitución de la personalidad nerviosa.

Veamos ahora los procesos por los cuales llega a formarse esta personalidad. El concepto de función nerviosa ha evolucionado bastante en poco tiempo; difiere esencialmente del concepto fisiológico que presidiera la exploración de la fina anatomía de los centros. Esta fina anatomía cuyo conocimiento ha representado un paso gigantesco en fisiología, como puede haberlo sido para la anatomía misma.

Pero entonces, y sin duda como consecuencia lógica de la generosidad del problema a estudiar, considerábase en general que la función nerviosa se redujera a la transmisión de estímulos dentro de la neurona o a lo largo de las cadenas neuronales. Era, así, frecuente hallar, en los estudios de fisiología nerviosa y aún en los de estructura, con escapadas más o menos discretas al campo de la fisiología, comparaciones de la conducción nerviosa con transmisiones de agentes físicos, especialmente de la corriente eléctrica; como si el elemento nervioso fuese algo pasivo, como un hilo de cobre, y el destino de las excitaciones estuviese regido por la ley de Kirchhoff, por ejemplo, o dependiera de que se apretasen más

o menos los contactos interneuronales, como si se tratara de los carbones de un micrófono, etc.

No! El concepto actual de función nerviosa es más fisiológico, más vivo podríamos decir; más alto y complejo que aquel concepto meramente físico. Y es que se ha echado de ver, primero, que la neurona es una célula que vive y, en seguida, que, aún en los casos que se suponían más simples en la conducción nerviosa, aún en los reflejos más sencillos, con intervención del menor número posible de neuronas, las cosas no suceden tan esquemáticamente como pensaran los histólogos. El reflejo medular aún el más elemental, es algo más que la trasmisión del estímulo llegado por la raíz sensitiva a través de la sinapsis sensitivo-motriz a una neurona de las astas anteriores por cuyo axón llega a influir sobre los músculos correspondientes. Y en sentido clásico, trataríase de un reflejo con dos neuronas únicamente sensitivas y motriz.

No se produce reflejo central alguno con tan pocos elementos. Ni siquiera los reflejos tendinosos—esos cuyo estado se investiga en la clínica con tanta frecuencia y que parecen ser de los más sencillos y de menos marcada adecuación—ni siquiera los reflejos tendinosos son de esta simplicidad. Se da, en efecto, en todo reflejo, la inervación recíproca: un movimiento resulta de la contracción de los músculos activos y de una relajación, exactamente adaptada, de los antagonistas. Esto quiere decir que, en todo movimiento reflejo, se produce una coordinación medular, en la que intervienen neuronas numerosas; existe, actúa una imagen motriz consecuencia de la fijación hereditaria o individual.

Esta coordinación en cada reflejo, siempre adecuada a los actos a realizar, a la necesidad con que cumplir, las relaciones entre los reflejos, de manera que nunca interfieran, sino que el menos interesante deje paso al de mayor importancia para la vida del sujeto (de lo que resulta que unas pocas vías centrífugas son bastante para ejecutar actos motores en número prácticamente infinito, y siempre adaptados a las conveniencias del momento), todo esto nos dice cómo, hasta lo más humilde en gerarquía fun-

cional dentro de la actividad nerviosa, responde a un proceso bastante más complicado que lo que podía hacernos sospechar el conocimiento anatómico.

En la función medular, como en las funciones viscerales, vegetativas, y como, de otro lado, en las altas funciones nerviosas, conscientes y voluntarias, se observa siempre la adaptación al objeto a conseguir, la adecuación inteligente; que de ninguna manera quiere decir mecanismo consciente. Esta adaptación se observa del mismo modo en la conducta de las formas animales más rudimentarias. La frase de Binett de que “los infusorios, por ejemplo, reaccionan a los estímulos como si presidiera sus actos una inteligencia y una voluntad” es nuestra misma frase, cuando tratábamos, en 1909, de las correlaciones motrices en el aparato digestivo. Igual sucede en lo inferior de la cadena filogénica que en lo más simple de las funciones en los animales mejor diferenciados.

Por todas partes y en cada momento, la adecuación, la adaptación de la función, con la misma precisión que lo hace un proceso consciente. Adecuación inteligente, muy anterior y mucho más extensa que adecuación consciente. No consideramos, sin embargo, justificada ni satisfactoria la hipótesis de la existencia de un plan teleológico preestablecido. Pero cuando recordamos lo que sucede con las secreciones y motilidad digestivas y lo que sucede en el caso de la vasomotricidad y la mecánica cardiaca, en la adaptación de las funciones secretoras en general, en el metabolismo, en toda función, en una palabra, de modo que resulte siempre acordada con las condiciones del fenómeno, nos convencemos de si es primitiva y universal la adecuación fisiológica.

Ejemplo típico de esta adecuación es el juego pilórico. Se abre o cierra el esfínter siempre que una cosa u otra sean necesarias: la reacción del contenido gástrico, su estado físico, mayor o menor fluidez, presencia o ausencia de masas sólidas, presión osmótica, temperatura, su composición química, de manera que pasan fácilmente las substancias en estado de digestión suficientemente avanzado para que sean ya aptas de experimentar las ul-

teriores transformaciones en el intestino, mientras que siguen retenidas aquellas otras que necesitan todavía de la intervención gástrica, todo esto tan complejo y que tan exquisitamente influye en la evacuación del estómago normal, prueba en el gobierno del píloro una tan amplia posibilidad de efectos, una tal contingencia, que fácilmente se atribuirían a dicho gobierno las cualidades de un acto consciente; como si un guardián experto conociera las condiciones del contenido gástrico, y en correspondencia a estas condiciones, se condujese; como si en resumen, actuara una entelequia, un arqueo que cuidara del buen desempeño de la función.

La hipótesis de un arqueo, de una inteligencia local, trasunto de la inteligencia consciente, de un espíritu que presidiera las funciones de los órganos es antigua y se la encuentra repetida bajo diferentes formas en la historia de la filosofía biológica. En todo tiempo, esta adaptación visceral ha constituido un serio argumento en favor del vitalismo. Hace pocos años Pauly invocaba precisamente las adaptaciones secretoras digestivas, a que antes nos refiriéramos, a raíz de ser descubiertas por los trabajos de Pawlow y colaboradores. Desde entonces acá, un análisis cuidadoso de las funciones nos ha enseñado que el caso digestivo—el pilórico en él—es uno entre tantos. La adaptación es cierta, y rigurosa, y eficaz; pero lo que no está justificado, como afirma Parker, es atribuir tal adaptación a principios agentes, a inteligencias especiales subalternas, remedo de la inteligencia general. No es por la inteligencia que hay que explicar la adaptación, no es que intervenga un arqueo regulando y presidiendo cada función. Es, al revés: la adaptación exterior e interior aparece con la vida. Se da evidente ya en el mundo físico y es posible seguir su filiación en las más rudimentarias manifestaciones biológicas. Es la adaptación que se hace inteligencia y, mucho más tarde, en unos pocos animales, algunas de las manifestaciones de la inteligencia se hace conciencia. Nunca explicar la adaptación por la conciencia, por nuestra impresión subjetiva de existencia y de aparente voluntad y libre acción. Hay que seguir el mismo camino, pero en sentido inverso;

la conciencia es una modalidad particular, muy restringida, de la inteligencia—capacidad de adaptación y nada más—conciencia que solo surge al complicarse enormemente las funciones nerviosas. Es el camino de la verdad, pero comenzando por el término, en lugar de buscar el principio, pretender explicar la adecuación funcional de las vísceras, de los tropismos en los protozoarios, del instinto en los otros animales por actos de voluntad más o menos rudimentaria. No hay que marchar de lo alto a lo humilde, sino ascender de lo fisiológico, meramente celular a la cumbre, allí donde la complicación de los fenómenos nerviosos, en los animales de mayor diferenciación, se revela en forma de esa maravilla inexplicable que es el conocimiento consciente y la acción voluntaria! El plan funcional en unos y otros casos es el mismo: de igual manera se desarrollan una y otra clase de actividades. La unidad funcional, la identidad\* de los mecanismos, hállanse siempre y en toda manifestación de vida!

La aparición del sistema nervioso responde a la doble necesidad de unificar cada vez más estrechamente las funciones, en la evolución de las especies progresivamente diferenciadas y especializadas; y de aumentar las posibilidades de reacción adecuada a las exigencias del medio exterior, crecientes con el progreso de la especie. El elemento nervioso ostenta como caracteres funcionales específicos la intensa excitabilidad, con la consiguiente capacidad de conducción y su maleabilidad a los actos que anteriormente en él se cumplieran. Toda excitación deja en la neurona o las sinapsis su huella e influye, de modo más o menos marcado, sobre las excitaciones que más tarde vendrán.

Como, de otra parte, el aparato nervioso es un conjunto de neuronas aptas para relacionarse entre sí de distinta manera, mediante sus expansiones; a compás que aumenta la complicación estructural, crecen las posibilidades fisiológicas, las asociaciones van haciéndose más amplias y cada vez más numerosas, va creciendo la complejidad del acto nervioso. Y la repetición de un acto influye también en los trayectos plurineuronales a seguir. El hábito, la

memoria trazan los cauces. Por ello, pudo decir, con razón, Bechterew que es acto neuropsíquico un psicoreflejo, aquel en que la reacción sea modificada por una experiencia anterior. Solo que cabría añadir que la influencia de procesos previos no es cosa privativa del acto neuropsíquico sino común a todo acto nervioso y aún característico de todo fenómeno fisiológico. Bien claro se vió, en el caso de la contribución de la individualidad química en la anterior conferencia.

Lo que hay es que en el funcionamiento del aparato nervioso, se muestra más clara esta influencia, y mejor todavía en las más altas funciones nerviosas; en las que interviene gran número de neuronas. Cuanto mayor sea la cantidad de articulaciones neuronales, de sinapsis, que intervienen en un acto nervioso, tanto más preponderante resultará el efecto de los actos anteriores, de las impresiones preexistentes, en el cumplimiento y desarrollo de la función.

El proceso nervioso no se limita a la actividad presente. Deja un estado, un vestigio por el cual los actos nerviosos consecutivos podrán ser modificados. Es este el rudimento de la memoria, que de ningún modo supone la memoria consciente. Todos los mecanismos conmemorativos, que tanto papel desempeñan en el funcionalismo nervioso, dependen de la huella que dejaron actos anteriores. Como, de otra parte, a medida que van complicándose las funciones nerviosas, ampliándose el campo de los reflejos, interviniendo en ellos mayor número de neuronas, adquiere mayor importancia el factor nutritivo, trófico, humoral, químico (que de igual modo puede acrecer que amortiguar la excitabilidad de la neurona), bien se explica que la respuesta a las excitaciones vaya haciéndose cada vez menos fatal: interviniendo, en efecto, en esta respuesta los procesos conmemorativos y las influencias humorales sobre los centros. Shermington ha marcado exactamente las diferencias entre los efectos de la excitación nerviosa directa y los reflejos. Son también muy acusadas las diferencias entre las distintas categorías de reflejos, según su complicación. Puede muy bien



ser que una excitación sobre un receptor se pierda, difundiéndose por los centros nerviosos, encontrándose con influencias inhibitoras; tan frecuentes y tan eficaces y puede ser también que una excitación insignificante y aún la ausencia de toda excitación, bien por una evocación, debida a un proceso conmemorativo, bien por una acción humoral, llegue a desplegar un acto nervioso importante.

Todo, en el funcionamiento nervioso, es asociación; aquella asociación que comienza ya en los organismos que todavía ni siquiera contienen elementos nerviosos. La asociación puede tener lugar entre fenómenos actuales y mediante rememoraciones. Es precisamente la posibilidad conmemorativa que presta la amplitud de asociación propia de los animales superiores, y no digamos si del hombre. De otro lado, la complicación estructural es muy grande, de modo que se dan trayectos posibles en número considerable, en número-infinito, combinaciones interneuronales en variedad inimaginable; la madeja de ramificaciones, de prolongaciones neuronales, es inextricable con lo cual se comprende bien la espléndida riqueza de los efectos nerviosos de que puede disponer el animal.

La complicación fisiológica crece—claro está—con la complicación estructural, porque aumenta con la serie progresiva de asociaciones factibles. Cuando descubrió Pawlow los reflejos condicionados fueron estos considerados al principio como cosa extraordinaria. Y no obstante, forman un caso más, entre tantos, de asociación neuropsíquica: a las notas sensoriales que en lo normal despiertan al alimento y al acto de ingerir se añade, se incorpora, una nota arbitraria, el sonido de una campana, la visión de un color, una determinada impresión táctil, etc.; y una vez la asociación entre las notas antiguas y la adventicia bien establecida, bastará provocar esta última sensación, para que la evocación se despierte, el alimento y el acto de comer sean representados y se provoque el correspondiente efecto secretor.

Asociación, evocación, y en la conciencia representación, constituyen el mecanismo general del acto interneuronal. Evidente que cuantos más sean los elementos de una asociación, tanto más fá-

cilmente esta asociación podrá ser evocada. La actividad nerviosa supone, como hemos visto, la conservación de vestigios de procesos anteriores en los centros y la posibilidad de la reviviscencia, con motivo de excitaciones asociadas. Cuantas más excitaciones hayan intervenido en la formación de la imagen, mayor número de posibilidades de que la imagen despierte. Pero también—cosa al parecer paradójica—crecerán con ello, la posibilidad y la eficacia de fenómenos inhibitorios. Con dificultad conseguiremos experimentalmente reproducir el efecto buscado, porque nos escapan muchas de las determinantes y no podremos evitar las inhibiciones. He aquí porque se ha encontrado el mismo Pawlow con serias dificultades para el estudio analítico de los reflejos condicionados y porque describe con tanta insistencia las precauciones de que hay que rodearse en los experimentos; aconsejando la organización de institutos especiales. Y téngase en cuenta que los reflejos condicionales que se suelen estudiar constituyen cerebraciones bastante sencillas.

El acto reflejo simple, de pocos neurones, se consigue constantemente con la estimulación adecuada del correspondiente receptor. El reflejo complicado puede, en iguales condiciones, presentarse o no, y será tanta mayor la inseguridad del resultado, cuanto más alta resulte su gerarquía funcional.

Se pasa por grados del fenómeno celular al primer acto nervioso—ya lo sabemos—y de igual modo progresivamente sin saltos, de las inervaciones rudimentarias al mecanismo nervioso, psicológico, de mayor alcurnia, el proceso que subjetivamente se resuelve en un acto de conciencia. Distingue unos mecanismos de otros la cantidad de neuronas afectadas y, en relación con esta cantidad, la multiplicidad creciente de condiciones. Bechterew trajo un gran progreso a la fisiología y también a la psicología, cuando mostró que, desde el punto de vista experimental objetivo y no por los métodos de laboratorio fundados generalmente en la observación subjetiva (de la llamada psicología experimental a lo Wundt) sino por métodos fisiológicos pueden ser estudiadas las funciones

nerviosas, desinteresándose, en la investigación, del fenómeno consciente. Estudiar en una palabra la fisiología nerviosa y la psicología del hombre como se estudian las del animal, que no nos dice sus impresiones. Descartado el problema, difícilísimo, de la explicación del fenómeno consciente, es justificado suponer que pueda llegar un momento en fisiología, en que sea posible comprender, por sencillos mecanismos de asociación, muy complejos, por excitaciones, que siguen unos determinados trayectos, o crecen, o, al contrario, son apagadas, por inhibiciones o por estímulos que nazcan de cambios tróficos, etc., etc., los actos de los demás, dependientes de una integración de determinantes. Lo difícil es pasar de lo objetivo a lo subjetivo, darnos razón del por qué de nuestra conciencia; no de los actos ajenos, ni siquiera de los actos propios, sino del conocimiento de nuestra existencia, del conocimiento de la realización de dichos actos voluntarios, y, por todo ello, de nuestro conocimiento de la existencia; al mismo tiempo que nosotros, de un mundo exterior.

Este último problema, no obstante, es metafísico, extraño por su naturaleza a la fisiología, ciencia objetiva. A la fisiología la incumbe únicamente explicar relaciones entre fenómenos; fenómenos que tienen lugar en los seres vivos. La complicación de las asociaciones, creciente con el progreso de las especies, corresponde sin discusión al estudio fisiológico. Y es bien cierto que el estudio objetivo de tales asociaciones, de la complejidad cada vez mayor de las reacciones, de los reflejos, completos o incompletos, ha proporcionado un nuevo y muy importante campo de investigación fisiológica.

Hace ya largos años que Tarde y que Richet, en oposición al criterio subjetivista imperante en psicología, afirmaron la importancia en la vida mental de los mecanismos fisiológicos y el valor de la actividad inconsciente. Hoy son ya excepción los que creen, con James o con Ziehen, por ejemplo, que el estudio de la psicología ha de limitarse a los actos de conciencia. Lo inconsciente prepara el material para lo consciente, que pesa muy poco dentro de

la vida mental, ha dicho Le Bon. Toda una filosofía se ha creado al alborear el siglo XX, que ha puesto de relieve el valor de lo inconsciente; la filosofía de la intuición. Lo consciente es bien poca cosa en volumen, comparado con la actividad inconsciente. La conciencia, además, no es siempre igual; ni cualitativa ni cuantitativamente. Se extiende o achica, se aclara o se oscurece, según el estado, según el estado fisiológico del sujeto. Y las operaciones mentales se operan tan bien, y con igual acierto en lo inconsciente que mediando el raciocinio. Desde Goethe han sido muchos los grandes hombres que han descrito de que modo importantes creaciones de su espíritu se incubaron en lo inconsciente, sin proceso lógico percibido, sin mediación!

¡Cuantos y cuantos son los actos automáticos que realizamos en el curso de nuestra vida y cuantos problemas, a todos también, se nos dan resueltos, por intuición, por inspiración, sin que intervenga la conciencia. El éxtasis, el tránsito de los místicos, el estado de gracia, la inspiración en los artistas, la intuición en los sabios, estados son en que no se da el factor conciencia y, sin embargo, cuán eficaces! Y si pasamos de la vida individual a la colectiva, veremos las masas sociales actuar gregariamente, no cediendo a su razón, sino obedeciendo a lo profundo inconsciente, el genio de la raza, a sugerencias, a movimientos pasionales, etc.

La actividad inconsciente ha de ser estudiada por vía objetiva y acabamos de decir que sus mecanismos son los mismos de la actividad consciente; mecanismos fisiológicos. No hay dificultad en la observación objetiva. Trátase, en todos estos casos, de fenómenos nerviosos muy complejos en los que por igual intervienen las excitaciones presentes, los procesos conmemorativos y factores humorales diferentes. Ya hemos dicho que todos estos mecanismos pueden ser reducidos a reflejos; reflejos completos o incompletos. Llamamos reflejos incompletos aquellos que no forman el círculo de receptor a efector; que o bien se reducen a una conducción centrípeta y una asociación más o menos difusa, porque la estimulación sea absorbida o inhibida por la actividad de los centros;

o bien aquellos otros que constan también únicamente de mecanismo central, más o menos rico, y de arco centrífugo, por salir la excitación de una influencia trófica sobre un grupo de neuronas, o por que sea evocada por una nota sensorial o conmemorativa verdaderamente insignificante, que dé al acto toda la apariencia de espontaneidad.

Los reflejos pueden ser seriados por su complicación creciente en distintos grupos. Desde los reflejos simples, a los automáticos más diversos, a los reflejos instintivos, los mímicos, los simbólicos y, finalmente, los que Bechterew llama apropiadamente reflejos personales. Se pasa de unos a otros sin interrupción, progresivamente. Son asociaciones nerviosas, cada vez más amplias, de excitaciones actuales y de procesos conmemorativos. Son, por lo tanto, cada vez más contingentes. Pero el mecanismo es constantemente igual. Cambia el caudal de asociaciones de un animal a otro—el hombre es el capaz de mayor cantidad a grandísima distancia del animal más inteligente—y de hombre a hombre: tanto más talento cuanto más amplias asociaciones. Sobre el patrimonio de actos fijos ya por la especie vienen a insertarse las adquisiciones individuales.

Los mecanismos más complicados—los personales precisamente—son los que caracterizan la personalidad nerviosa, la personalidad psíquica. Pasa aquí lo mismo que en la constitución de la individualidad química. Existe un patrón de mecanismos comunes a toda la especie, y hay diferencias de raza, de familia y, en el término, se producen diferencias individuales, por la herencia y por la historia de cada individuo. Los caracteres psíquicos individuales, los reflejos personales, dependen de los innumerables y los imponderables psíquicos; de igual manera que de los innumerables y de los imponderables químicos depende la individualidad plasmática, morfológica, funcional. Llevamos, por nuestros padres y toda la línea de nuestros antepasados, impresiones en nuestro sistema nervioso; huellas que se transmiten por herencia y que se traducen por tendencias, por disposiciones funcionales y por me-

canismos ya establecidos y, por ende, hereditarios. Nuestra propia vida moldeó asimismo nuestra psiquis. Tenemos semejanzas nerviosas mentales, con nuestros padres y hermanos, cómo las tenemos químicas, pero mostramos nuestras peculiaridades individuales. Sin embargo por debajo de ellos y como patrón general se dan las características nerviosas de cada especie.

La individualidad psíquica—que se abre en la cumbre en el fenómeno consciente—se forma como la individualidad química y al mismo tiempo por adaptación, por hábito, por reacción al medio, por nuevas asociaciones. Téngase en cuenta por otra parte, cómo, según ha probado Turró, es en lo trófico que se asienta originariamente todo mecanismo nervioso, y cómo lo trófico interviene en la formación del conocimiento, y sobre todo cómo, en los procesos de unificación funcional, actúan al mismo tiempo y solidariamente los factores humorales y nerviosos. Donde quiera que examinemos la cuestión, encontramos siempre lo químico, o bien dando lugar, o bien actuando al mismo tiempo y concurrentemente, con el factor nervioso.

Se comprende que cuanto más complejo resulte un acto nervioso, tanta mayor posibilidad se dará de variantes personales. Las asociaciones entre procesos conmemorativos forman el núcleo íntimo de la actividad neuropsíquica. Una sensación, una influencia trófica despertarán un recuerdo y se evocará toda una imagen o una cadena de imágenes. La imagen no es otra cosa que el cortejo de asociaciones que sigue a la aparición de una determinada nota sensorial. Pensamos por rememoraciones y en el abismo de lo inconsciente se desarrollan, de la misma manera, los actos nerviosos por la previa existencia de imágenes hereditarias y adquiridas.

El enriquecimiento progresivo del caudal neuropsíquico, se consigue con nuevas asociaciones que implican, de una parte, mayores posibilidades de síntesis, de conmemoraciones y, de otra, una capacidad paralela de concentración por inhibición activa. Esto va complicando de tal manera la determinación interna, que Guyau expresa un cierto terror, al considerar la inmensa complejidad del

acto mental más humilde. La reacción personal resulta de una integración ancestral e individual enorme, en la que se han fijado elementos imponderables y en cantidad realmente innumerable; por lo cual la reviviscencia de las huellas de antes impresas en los altos centros nerviosos, favorece las asociaciones, con intervención o no de excitaciones actuales. De aquí, que el examen introspectivo, que no advierte los mecanismos de lo inconsciente y no puede, por tanto, determinar las condiciones, tan numerosas y cambiantes del acto, nos deja la impresión del libre arbitrio en el cumplimiento de estos procesos nerviosos superiores. Es posible hablar de una absoluta libertad cuando se olvidan las condiciones de los reflejos personales, el número abrumador de dichas condiciones, inadvertidas por la conciencia y aún imposibles de destacar por la observación objetiva.

Pawlow dió el nombre de condicionados a los reflejos asociados que descubriera. Hoy sabemos lo impropio de la denominación, porque todos los reflejos, hasta los más sencillos, son condicionados, son determinados; tienen cumplimiento gracias a imágenes pre-existentes, tendencias, mecanismos, impuestos por herencia o educación, sobre los centros nerviosos. Pues bien, los reflejos superiores, hasta llegar incluso a los reflejos personales, son de igual manera condicionados. Pero son en tal número y tan distintas las condiciones, que escapan al análisis más minucioso y dan la apariencia de la espontaneidad.

Y como cada individualidad psíquica es distinta, por diferir las asociaciones y las conmemoraciones personales, como difiere la individualidad química, puede darse muy bien el caso de que a estímulos iguales, dos animales, y con mayor motivo dos hombres, reaccionen de manera diferente. De aquí la arbitrariedad de los actos voluntarios!

Pero esta arbitrariedad solo es sostenible ignorando, no queriendo considerar toda la complicación y contingencia de los reflejos personales. Como, de otra parte, la conciencia usa en las operaciones lógicas de materiales en su mayor parte elaborados por

la actividad inconsciente, la introspección no nos enseña tampoco los elementos de que está constituido un juicio. Si hay tantos juicios inconscientes—¿quién olvida la importancia que en la fisiología de los sentidos les diera Helmholtz, por ejemplo?—y si aún los juicios conscientes son operados a costa de mecanismos nerviosos no percibidos, bien se comprende que el trabajo mental se muestre a la introspección como una síntesis, como una suma en la que se diluyen y disuelven los sumandos, y que, así, la decisión voluntaria parezca libre y arbitraria. Pero nuestra libertad es esclava de nuestra propia vida y de la vida de nuestros ascendientes! Porque resulta nuestra libertad de nuestra individualidad, de nuestra personalidad psíquica, sobrepuesta a nuestra personalidad química. Habiéndose formado muy distintos sistemas de imágenes personales, se comprende bien que la conducta de los distintos hombres en una misma situación sea diferente y también que un mismo hombre puede variar de conducta en el curso de su vida, suponiendo que dos veces se halle en la misma situación.

Es Bergson—no precisamente un filósofo determinista—quién ha dicho: “Si nuestra acción nos ha parecido libre es porque la relación de esta acción con el estado de que derivaba, no puede expresarse por una ley, por ser este estado psíquico único en su clase y no poder repetirse jamás”. En estas palabras se encuentra implícito el concepto de la personalidad como hija de imágenes numerosísimas y de amplísima complicación; constituidas por determinantes infinitas, cuya combinación da cada vez—repetamos las palabras—un estado psíquico único en su clase que no podrá reproducirse jamás. De este modo, como las condiciones del fenómeno no son iguales a las condiciones de un fenómeno físico—pero téngase en cuenta que no les son cuantitativamente, cualitativamente no hay diferencia alguna—claro está que no se podrá determinar su ley; esto es, predecir lo que sucederá en un caso igual. Caso igual que, por otra parte, es prácticamente imposible que se de jamás.

Estos estados personales pueden diferir en meros matices; son



de una gran delicadeza, muy inestables y de una enorme contingencia. Constituyen el fluir ondulante de nuestra vida mental. Y, por no repetirse los estados, su continuo *devenir*. Como no sabemos lo que ha de suceder y, aunque lo supiéramos, no sabemos como reaccionaríamos—podemos suponerlo, pero no podemos asegurarlo—de aquí el convencimiento subjetivo de nuestra plena libertad al llegar el momento. Bastan pequeños cambios en los centros nerviosos, cambios químicos, por ejemplo o influencias nerviosas presentes o anteriores para que varíe nuestro concepto del mundo y se modifiquen totalmente nuestros actos voluntarios. En un equilibrio de determinantes opuestas que puedan hacernos realizar una acción o bien otra contraria, bastará una levísima influencia—que casi siempre nos pasará inadvertida, tal puede ser de pequeña y diversa—para que nos inclinemos a uno de los actos o al acto contrario. Y si la conciencia no vislumbra la influencia aquella, interior o exterior, deducirá que ha sido la voluntad libre y espontánea que ha decidido la acción. Vistos nuestros actos desde nuestro yo, nos parecen libres y voluntarios; vistos los actos ajenos se nos muestra más clara su compleja determinación. Y cuando pasamos, del individuo a la observación de las multitudes, entonces nos convencemos de cómo proceden por tropismos, por instintos implacable, inexorablemente, con la misma fatalidad que realizan sus actos los animales de determinismo mejor reconocido.

Factores nerviosos, factores humorales, intervienen en la producción de nuestros reflejos personales; como intervienen en toda otra función. Es el factor trófico, el hambre de las células el que, según ha demostrado Turró, mueve subterráneamente la formación del conocimiento, lo fundamental en el reconocimiento de nuestra propia vida y del mundo exterior. No olvidemos tampoco la decisiva influencia de factores químicos en las enervaciones superiores; hoy se saben bien los efectos de la mayor parte de secreciones internas, en la constitución del matiz personal de cada sujeto consciente. La fórmula endocrina será acaso la clave de

un carácter. Intensidad funcional, tendencias, aberraciones—psicopatología sexual, como ejemplo—pueden ser resultado de la perturbación de ciertas secreciones internas. En la misma formación de nuestra personalidad psíquica, por lo tanto, no influye únicamente el elemento nervioso sino todo el organismo y en particular los mecanismos de correlación de orden químico. Cuantos de nuestros actos pueden hallar su origen en un tejido endocrino que no funcione como es debido, en una alteración del metabolismo. Esto demuestra otra vez si es complejo el alto fenómeno nervioso, sobre todo aquel el más complicado que se resuelve en actos conscientes, y si conviene cautela antes de afirmar, precipitadamente y sin examen, la libertad de las acciones voluntarias. Se necesita analizar, imaginar por lo menos, el número de determinantes de toda clase que intervienen en dichas acciones! Volvamos a decir que es un acto tan múltiplemente condicionado, que por esta multiplicidad, que con dificultad imaginamos, nos parece incondicionado y arbitrario.

Hemos llegado al término de este rápido estudio. Vemos como en cuestiones tan interesantes, que trascienden ya de la fisiología, hallamos los ejemplos sin duda más valiosos y convincentes de unidad funcional. Es en todos los casos y en lo profundo la correlación química que decide de la individualidad; cuenta o no el ser vivo con sistema nervioso. Sucede, empero, que paralelamente y procediendo de este factor primitivo, protoplasmático, micelar, actúa la integración nerviosa, por la obra de unos elementos diferenciados, que impusieron las necesidades en la adaptación. Es así como vemos constituirse, al mismo tiempo, la personalidad química y la personalidad nerviosa, tanto considerándola desde el punto de vista objetivo como subjetivamente. Reflejos complicados, reflejos personales, noción del yo, son las dos caras del mismo proceso. El yo es la suprema síntesis, la suprema unidad que advierte nuestra conciencia y que nos enseña también el estudio experimental, pero procedente de lo primitivo, trófico. El individuo en

todas sus manifestaciones, fisiológicas o psíquicas, es tal por la íntima unidad química, nutritiva, humoral, de que es asiento y que hace posible la trasmisión de sus caracteres a los descendientes. Individualidad es unidad funcional!

AUGUSTO PI SUÑER

---